



Un deber con el Che: vertebrar cultura y economía *

Armando Hart Dávalos

ES NUESTRO deber rescatar, exaltar y darle continuidad a las ideas de Ernesto Che Guevara acerca del hombre nuevo como portador de enormes posibilidades creativas. No seríamos fieles a su memoria si dejáramos de analizar sus concepciones e iniciativas, actualizándolas a la luz de nuestras experiencias de hoy, de forma que permita a las nuevas generaciones darle continuidad a su inmenso legado.

El Guerrillero Heroico destacó la influencia de los estímulos morales en la edificación de la nueva sociedad. Fidel Castro subrayó en la Crisis de Octubre de 1962, “en aquellos días luminosos y tristes” como los calificó el Che, que los soviéticos podían quitarnos los cohetes nucleares que habían instalado en Cuba, pero nadie podría arrebatarnos los cohetes morales que nuestro país mantenía. Estos últimos son los que explican la supervivencia y la sostenida influencia de la Revolución cubana.

Más de cuatro décadas después, el tema de la subjetividad se nos revela en una forma más completa y definida. La cultura de la emancipación equivale a los conceptos de cultura general integral a que se está refiriendo el compañero Fidel. De ahí que adquiriera un interés inmediato, para nuestro análisis revolucionario, estudiar la influencia de la cultura en el desarrollo económico-social. Es una forma útil de encontrar las vías para un nuevo pensamiento filosófico y la acción política a tono con las circunstancias actuales.

* Palabras pronunciadas en el evento por el 41 aniversario de los estudios económicos de la Universidad de La Habana, organizado por la Facultad de Economía.

En los años sesenta, Fidel y el Che situaron la subjetividad en los procesos de la historia. A partir de ello, el Che profundizó en sus ideas económicas. Determinar el peso de la cultura en el desarrollo constituye el fundamento para elaborar el pensamiento que necesitan el siglo *xxi*, y en especial América.

En *El socialismo y el hombre en Cuba*, el Che aborda el tema crucial de la superestructura ideológica, política, moral y cultural y de sus relaciones con la base económica en la especificidad cubana de los primeros años de la Revolución. Allí está embrionariamente presentado el análisis de los factores superestructurales y subjetivos en relación con la base material de la sociedad socialista en general. Subrayó que el socialismo estaba en pañales en cuanto a la elaboración de una teoría económica y política de largo alcance. Todo lo que esbozaba —decía— era tentativo porque ello requería de una ulterior elaboración que no pudo realizar. Sigue siendo, pues, un texto central que los revolucionarios contemporáneos debemos estudiar profundamente.

En una época en que se insistía en el estímulo material para la movilización social y la producción, él insistía en los instrumentos y mecanismos de índole moral, sin olvidar una correcta utilización de los estímulos materiales, sobre todo de naturaleza social.

Se planteó hace cuarenta años el problema en el plano de la creación directa, es decir, del resultado inmediato de la actividad productiva del hombre. Hoy lo debemos situar en el plano más amplio y general de la cultura.

Por esto, en homenaje al Che, quiero estudiar estos fundamentos y hacerlo a partir de la historia cultural de las civilizaciones, luego llegaremos a conclusiones más concretas sobre tan importante tema.

Partimos del criterio de que en la historia, el robo y la tergiversación de la cultura ha sido la maniobra principal de los explotadores de todos los tiempos para imponer sus intereses egoístas. Si esto no se entiende, no se entiende la esencia del problema.

En la génesis de la historia cultural del hombre hace miles de años se halla la justicia como su principal categoría, fue el peldaño esencial y decisivo del movimiento cultural. La historia del mundo viene a confirmar también que allí donde avanzó la cultura, progresó la justicia, y a la inversa, donde retrocedió aquella, se limitó la cultura.

Esto tiene fundamento científico e incluso antropológico confirmado con el análisis y las valiosas observaciones de los más importantes pensadores e investigadores de las ciencias psicológicas y en sus conclusiones científicas y filosóficas.

La cultura no es solo una categoría de la superestructura, es también lo que se ha llamado *segunda naturaleza*. No se trata, exclusivamente, de una formulación

derivada de nuestras nobles aspiraciones, sino de una verdad científica y filosófica incuestionable para todos aquellos grandes sabios que pensaron y estudiaron con lucidez sobre los orígenes de la evolución cultural y su largo devenir, he ahí las raíces del valor universal de lo que llamamos cultura.

Los hombres y mujeres de preocupaciones sociales y culturales estamos en la obligación de subrayar algunos hechos históricos de vieja trascendencia y de los cuales no se extraen todas las consecuencias posibles. La modernidad que deseamos para el siglo **xxi** tiene necesariamente que tomar en cuenta la historia y la prehistoria del hombre y algunos de sus rasgos distintivos.

La civilización esclavista de los romanos y el sistema colonial que establecieron no hubieran perdurado cerca de mil años la primera, y más de medio milenio el segundo, sin el prodigioso sentido práctico y la portentosa cultura jurídica que, afirmados en una extraordinaria producción intelectual, se reconocen hoy como una de las grandes virtudes del antiguo imperio.

En el ocaso del feudalismo, el ascenso del capitalismo europeo no se concibe sin la exaltación de la cultura clásica antigua y su renovación, expresada en lo que llamamos Renacimiento. Los procesos revolucionarios, las transformaciones económicas que ejemplificamos con la Revolución francesa, y que se extendieron por vastas regiones de la Tierra, son impensables sin los enciclopedistas y el pensamiento que entonces se creó. Asimismo, las ideas socialistas de los siglos **xix** y **xx** no hubieran existido sin la cultura universal acumulada.

Del mismo modo, el movimiento revolucionario independentista de los pueblos de nuestra América se impuso sobre el dominio colonial ibérico porque fue receptivo a las tradiciones culturales y políticas más elevadas de la humanidad de su tiempo. Determinadas capas sociales habían asimilado una cultura política, jurídica y filosófica mucho más profunda y renovadora que la prevaleciente en la Metrópoli. Ellas se identificaron con los intereses de las masas explotadas y con la causa de la independencia de nuestros países.

Hoy estamos obligados a tomar en cuenta esa tradición espiritual que dará fuerza y riqueza a la política económica y social necesaria para la práctica revolucionaria de nuestro *pequeño género humano*.

Veamos lo que dicen Marx y Engels sobre la importancia del factor subjetivo: “El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que solo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero solo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad

real, sensorial, como tal. Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la propia actividad humana como una actividad *objetiva*” .

Es decir, el factor subjetivo se manifiesta a través de la práctica; y la práctica es la prueba definitiva de la verdad, dijo Lenin. Los cubanos tenemos la experiencia de haber participado en la única revolución triunfante en occidente en el siglo xx y ello nos lleva a plantear la crítica a subjetivistas y a idealistas filosóficos, como punto inicial para empezar a estudiar la filosofía de Marx. Es asombroso que tantas confusiones se hayan creado sobre lo objetivo y lo subjetivo, y tanto se haya criticado como idealistas a los marxistas más consecuentes, como Fidel y el Che, cuando esas verdades estaban diáfananamente expuestas en el mencionado postulado de Marx y Engels.

Precisamente en la idea del Che acerca del papel central que desempeñan los factores éticos y morales en la historia, y en la búsqueda que emprendió con respecto a caminos eficaces hacia la sociedad socialista, están las claves esenciales para entender los dramáticos procesos ocurridos en Europa del Este y en la URSS.

La insuficiencia o limitación cultural, y especialmente ética, impidieron al llamado socialismo real cohesionar a los pueblos en lo interno y combatir eficazmente en lo externo a los enemigos irreconciliables de la liberación humana.

Mientras no se aborde con rigor científico el tema de la moral, y en general de la superestructura y, por tanto, de la cultura, no se hallarán las vías eficaces para marchar hacia adelante en favor de la Revolución y el socialismo.

El comandante Ernesto Che Guevara es una señal de las mejores tradiciones del siglo xx, y se proyecta con esa luz en esta nueva centuria. Fue el primero que habló de la necesidad de forjar al hombre del siglo xxi, hoy nos percatamos que arribamos a él, en medio de la más profunda crisis humanística de la historia de la civilización occidental. Desde los tiempos de la caída del Imperio Romano no se observaba una situación similar.

La evolución posterior de la historia podría conducir a mediano y a largo plazo a un colapso de proporciones incalculables si no se toma conciencia y no se actúa sobre presupuestos de una política basada en una cultura ética profundamente humanista.

Mucho se ha hablado de forma retórica y superficial acerca del humanismo. Sin embargo, la civilización podría sucumbir en sus propias redes si no retoma y asume en serio y cabalmente la herencia espiritual de quienes a lo largo de los siglos poseyeron sensibilidad, imaginación y talento para soñar,

es decir, si no se exalta y afianza el espíritu que alentó a los grandes creadores desde el mítico Prometeo hasta el Guerrillero Heroico.

El reto intelectual está en demostrar, con una síntesis de cultura universal, el valor científico de la moral y de los móviles ideales en el curso real de la historia humana. Y es precisamente esa síntesis lo que se halla en la esencia de la vida y el ejemplo del Che. Sus ideas éticas fueron tildadas de idealismo filosófico y de subjetivismo por quienes, situados en la superficie de la realidad, no acertaron a penetrar en sus esencias. No pudieron, no quisieron, no les interesó entender que, como señalaba Hegel, tan real era la monarquía francesa del siglo XVIII como la Revolución que se gestaba en su seno.

No fueron capaces de comprender en todas sus consecuencias, ni mucho menos asumir a plenitud, los principios internacionalistas que están en la esencia de las ideas socialistas. No supieron encontrar las formas nuevas de su aplicación en la segunda mitad de siglo XX, porque perdieron la consmovisión que sí poseía Ernesto Guevara. Mientras las leyes económicas venían trabajando desde adentro del socialismo real, para conducirlo a su destrucción, los que le imputaban al Che no tenerlas en cuenta iban actuando de manera negativa o inhibiéndose frente a los efectos que estas producían. Se mostraron incapaces de asumir de manera creativa el reto que tenía ante sí el pensamiento socialista en la segunda mitad del siglo XX.

El desarrollo de la economía mundial hacía imposible la perdurabilidad de la bipolaridad. Los que tanto insistían en la antigua URSS, en ajustarse a las leyes económicas no lo comprendieron así, porque habían ido perdiendo la esencia universal del socialismo. Había que crear varios Vietnam para hacer avanzar el socialismo, nos dijo el Che. La historia le dio la razón en forma de tragedia. Resultaba indispensable superar el mundo bipolar desde la izquierda, él y Fidel lo sabían mejor que nadie. Y como tal superación no se produjo, en las últimas dos décadas del siglo XX, el cambio se impuso desde la derecha. Se abrió paso a una concepción política, que conjuga la tradicionalidad y el subjetivismo de las ultraderechas y los furidamentalismos con el pensar disociador de un liberalismo anárquico salvaje, y que pretende establecer a escala planetaria, y lo viene haciendo, el reino del desorden, del capricho y del voluntarismo.

A la altura de los años noventa se hicieron evidentes tres importantes conclusiones, como resultado de que no fuera la posición del Che la que prevaleciera definitivamente: la primera es que aquel cambio expresaba una necesidad de la creciente internacionalización de las fuerzas productivas y, por consiguiente, de la evolución económica y política del mundo; la segunda, que al no ocurrir desde la izquierda, se produjo desde la derecha; y la tercera, que dicho cambio desde

la izquierda solamente podía hacerse promoviendo la lucha de liberación nacional en Asia, África y América Latina, apoyándola y vinculándola con las ideas del socialismo, ese era el reto que el socialismo tenía ante sí.

Las formas de acción asumidas por el Che para la realización de sus ideales pueden ser diferentes a las que deben aplicarse en la actualidad, pero la esencia de su pensamiento tiene vigencia creciente. La experiencia nos enseña que cuando se han colocado “ismos” detrás del nombre de los grandes se han limitado y tergiversado sus luminosas ideas.

Los cubanos conocemos las esencias del drama. Se cometió el error teórico de reduccionismo economicista relacionado con graves desviaciones culturales que desembocaron en la ruptura del sistema social vigente en la URSS y Europa oriental.

No se comprendió ni se extrajeron las consecuencias que la relación entre la economía, de un lado, y los sistemas jurídicos, los principios éticos, las ideas políticas y los valores de la superestructura, del otro, tiene un carácter de causa y efecto con infinitas formas de expresarse.

Las causas fundamentales de que el más vasto proyecto de liberación humana emprendido en la pasada centuria sufriera un colapso tiene pues fundamentos culturales. La subestimación de los valores subjetivos y de lo que se ha dado en llamar superestructura y su tratamiento anticultural se hallan en la médula de los graves errores cometidos. Se pasó por alto que la cultura, en su acepción integral, está en el sistema nervioso central de toda civilización. Estas son lecciones válidas para todas las civilizaciones porque ninguna de ellas hasta aquí ha estado exenta de grandes debilidades de carácter moral. El triunfo definitivo de una ética genuinamente humanista ha sido la más noble aspiración del hombre durante siglos.

Lo que habría que censurarle al llamado socialismo real, es que no superó esta situación porque le faltó desarrollar una ética y una espiritualidad basada en la justicia social que decía proclamar como ideal. No basta un programa económico social de beneficio para todos, era necesario que fuera acompañado de la exaltación de la moral como un elemento clave para la estabilidad de los sistemas sociales.

No se cometa el error de creer que esto es válido solamente para el «socialismo», ello sería de una superficialidad criminal. Hoy tenemos que hacer frente a los enormes desafíos que plantea el pronunciado declive de la vida espiritual norteamericana que es una consecuencia de las gravísimas contradicciones del desarrollo económico-social y de la propia economía de Estados

Unidos. La gravedad de la situación es descrita del siguiente modo por el profesor de la Universidad de Harvard, Daniel Bell:

El capitalismo norteamericano, como he tratado de demostrar, ha perdido su legitimidad tradicional, que se basaba en un sistema moral de recompensas enraizado en la santificación protestante del trabajo. Este ha sido sustituido por un hedonismo que promete el bienestar material y el lujo, pero se aparta de todas las implicaciones históricas de un “sistema sibarítico”, con toda su permisividad social y su libertinismo.

Para enfrentar las agudas contradicciones económicas y sociales tal como se presentan en el siglo **xxi**, es indispensable descubrir y estudiar nuevas categorías filosóficas. Algunas de las planteadas por Marx y Engels ya no son suficientes para analizar los caminos que debemos seguir frente al desafío planteado por ellos mismos, es decir, resolver la contradicción milenaria de la explotación del hombre por el hombre, y la victoria definitiva de la igualdad social y la fraternidad entre todos los seres humanos sin excepción de clase alguna, como ellos soñaron, y que también con precisión señalara José Martí: “Dígase hombre y ya se han dicho todos los derechos”.

Hay que tomar muy en cuenta que las categorías de estos grandes filósofos fueron presentadas hace alrededor de siglo y medio y se hizo a partir de la evolución histórica y social de un territorio concreto: Europa. Ellos mismos plantearon que para otras tierras y otros momentos habría que analizar la propia evolución de esas zonas y luego hacer las comparaciones debidas con las del viejo continente. En otros espacios geográficos y tiempos históricos y sociales diferentes habría que descubrir las esencias del pensamiento de ese espacio en relación con la redención y a la igualdad social y a la inteligencia creadora que facilite abordar los retos de nuestra contemporaneidad. No estamos en el siglo **xix** ni en la Europa de Marx y Engels; estamos en el **xxi** y en la América nuestra, que se nutrió, sí, de la lucidez del pensamiento europeo, pero que tiene particularidades y diferencias importantes.

Sugiero que para estos fines se estudien cómo operan hoy tres categorías de la realidad de nuestra época. Estas son las marcadas por el derecho de las colectividades humanas, las naciones y la humanidad en su conjunto a garantizar su *propia identidad*, a disfrutar del más alto grado de civilización y a defender la universalidad como complejo de identidades de forma tal que la lesión a cualquiera de ellas se comprenda como una afectación a los intereses de toda la humanidad.

El eje central de las luchas económicas y sociales entre explotados y explotadores pasa, precisamente por estas tres categorías: identidad, civilización y universalidad.

El tema, pues, de la economía y sus vínculos con la cultura, con sus implicaciones éticas, jurídicas y políticas, constituye un elemento clave para la estabilidad de los sistemas sociales y forma parte de los retos actuales que nos plantea la globalización.

Los impresionantes avances realizados en el terreno de la ciencia y la tecnología han puesto sobre el tapete con una enorme fuerza el papel del hombre con un alto nivel de instrucción como factor esencial y determinante de la producción. Ello subraya la necesidad de realizar estudios económicos concretos, que nos revelen científicamente que la cultura es el factor más dinámico de la historia económica del mundo y en especial del que estamos viviendo.

La UNESCO ha afirmado que la cultura es el factor de mayores posibilidades de relaciones e influencia con los diversos sectores de la sociedad. No hay esfera que tenga mayores posibilidades de influir sobre el conjunto de ellas como la cultura. Esto se explica filosóficamente en la cosmovisión martiana fundada en la integridad de los diversos órdenes de la realidad de donde procede su concepción del equilibrio en cuanto ley matriz esencial que rige tanto la naturaleza como el espíritu, así como para el arte, la ciencia, la economía, las relaciones sociales y la política.

La economía no está al margen de esta conclusión, por el contrario, la cultura tiene un peso decisivo especial en ella por su dinamismo y capacidad de movilización social. En el tejido de las relaciones sociales que se establecen en los procesos económicos está presente la cultura y se enriquecen a partir de ella.

Tenemos que asumir estas verdades para empezar a entender el laberinto infinito de metodologías, números, estadísticas y esquemas sobre la determinación del valor de la mercancía que nos ha venido imponiendo el sistema capitalista. Pero para orientarnos en tan compleja madeja resulta obligado, para comenzar, una reflexión teórica, de otra forma no se lograrán las más profundas y consecuentes soluciones prácticas. La acción a que aspiramos está muy por encima de los esquemas impuestos.

Ha sido bastante común subrayar el papel preponderante de la base respecto a la superestructura y, por tanto, de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción, descuidando el análisis del factor subjetivo en su influencia recíproca con los llamados elementos objetivos y su papel en el desarrollo tanto de las relaciones de producción como de las propias fuerzas productivas. Sin embargo, está demostrado que el soporte subjetivo juega un enorme

papel con su influencia sobre el medio que lo rodea y en particular sobre la economía. Solo que ese factor no ha sido suficientemente estudiado, por una u otra razón, y quienes lo han hecho en alguna medida, ha sido desde la perspectiva de cómo extraer más zumo a ese componente de la producción que es la fuerza de trabajo. Esto para explotarla más y distorsionar su inmenso y decisivo valor. Lo original de la situación que hoy se nos presenta es que cada día se hace más necesario el factor subjetivo precisamente por el avance de los conocimientos técnicos y del progreso general del conocimiento.

Ese papel difiere según el grado de cultura que haya sido capaz de acumular ese hombre. El papel de la cultura, entendido en su sentido más vasto y enriquecedor, que cubre, indudablemente, el campo del conocimiento, es basamento principal en la acción y reacción del hombre en su actividad económica, social y política.

El trabajo y la justicia son los primeros acontecimientos de carácter cultural; surgen de esta manera las primeras ideas éticas y jurídicas necesarias para la justicia y la convivencia humana.

Como postuló Federico Engels:

(...) la civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia. Pero las ha llevado a cabo —decía— poniendo en movimiento los impulsos y pasiones más viles de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones.

Para entender las ideas de la Revolución cubana en relación con la influencia de los factores subjetivos en la economía que movieron la atención y el trabajo del Che hay que estudiar el papel que ejercen en los procesos productivos y económicos las mejores disposiciones humanas, lo que solo puede hacerse sobre el fundamento de la cultura.

Partiendo de un análisis abarcador de la industria cultural, incluso en su definición actual, se concluye que ella ejerce una gran influencia en la economía.

Pero no debemos limitarnos a la industria cultural por sí sola, sino que es necesario tomar en cuenta, por ejemplo, que hoy en día cuando una empresa trata de enajenar su propiedad en el mercado, el hecho de disponer de una determinada cantidad de ingenieros altamente calificados o de científicos aplicados a la investigación y a la producción le confiere un valor que va mucho más allá que el de los medios de producción de que dispone. Ahí encontramos, de una forma más directa, la confirmación de la importancia que tiene el conocimiento acumulado, y por tanto de la cultura, a la hora de valorar los recursos económicos de una entidad. Y digo de modo más directo porque cuando se evalúa una empresa en sentido económico por sus equipos, materias primas y otros bienes, también

allí hay una apreciación de la cultura a través de estos que fueron producidos con un determinado grado de preparación cultural de quienes accionaron las máquinas y otros mecanismos de producción; es algo así como la cultura materializada en los objetos, pero ahora se tiende cada vez más a evaluar directamente la cultura por el conocimiento contenido en el hombre que produce y su capacidad de organización y gerencia.

Pero los esquemas metodológicos de la economía capitalista impiden apreciar el extraordinario valor económico de la creación cultural aun cuando dentro el marco de estos la industria de la cultura contribuye a la generación del producto interno bruto en una forma que supera las actividades reconocidas por su importancia, tales como la construcción, la banca, el seguro, la industria automotriz y los alimentos, industrias estas también resultantes en su nivel de desarrollo cuantitativo y cualitativo de un progreso cultural de la humanidad. El trabajo complejo ha llegado, tanto como resultado del avance de la ciencia y la técnica, de la incesante acumulación de conocimientos en las personas como de aquellos de carácter humanístico y social en general, a constituir el elemento esencial en lo que hoy los científicos y economistas llaman Economía del Conocimiento.

Sobre estos temas podríamos explicar más ampliamente nuestras ideas, pero es nuestro interés en estos momentos atenernos a los propios esquemas que se han trazado por las sociedades de mercado porque aun estudiándolos a fondo y con rigor, ellos ponen de manifiesto el enorme potencial económico de la cultura.

Proponemos como posibles temas a analizar los siguientes:

- Los aportes de la cultura y de su industria al producto interno bruto de los países.
- El peso que tiene la cultura en el turismo y de este en el producto interno bruto.
- La influencia de la cultura y la ciencia en relación con los procesos económicos y en particular la influencia del personal necesario para mover la economía.
- El análisis comparado de los recursos materiales que se han dispuesto en diversos países desarrollados con los subdesarrollados donde se podrá llegar a las razones de fundamentos culturales en virtud de las cuales estos últimos no han podido alcanzar una alta escala económica.
- La importancia productiva, por su influencia directa o indirecta, de aquellos sectores tradicionalmente definidos como no productivos, tales como la educación, la cultura, las investigaciones sociales, etcétera.

Es importante hacer una reflexión acerca de cómo los más elevados niveles de información e instrucción influyeron en los crecimientos económicos de un grupo de países y cómo los limitados recursos de esta índole de otros crearon obstáculos que hacían imposible un elevado desarrollo económico. Hay diversos ejemplos concretos. Uno bien elocuente lo encontramos en el éxito del Plan Marshall, emprendido tras la Segunda Guerra Mundial, que avanzó en Europa y sirvió de fundamento al impetuoso crecimiento del viejo continente. Se podrá apreciar que los niveles de instrucción ya existentes en esos países, contribuyeron decisivamente a los resultados económicos alcanzados.

Si se quiere un ejemplo más reciente, lo tenemos en el petróleo. Todos convienen en que se trata de un recurso de enorme poder y que ha dado lugar a guerras y está incluso provocándolas hoy por la política criminal del gobierno de Estados Unidos. Pues bien, de manera reciente, se hizo muy evidente en Venezuela que los conocimientos técnicos y especializados para el manejo de esa industria son decisivos para su estabilidad y crecimiento. Sin dichos conocimientos no pudiera funcionar la industria petrolera como recurso económico.

Resulta cada vez más claro que sin la cultura, y por tanto del conocimiento especializado que las modernas tecnologías necesitan, no podrían operarse ramas enteras que se consideran vitales para la economía nacional de muchos países.

En fin, hay verdades que el sentido común revela y que, ocultas tras una espesa madeja ideológica movida por ambiciones egoístas y por enfoques parciales, se pasan por alto y nos impiden alcanzar una comprensión cabal de los fenómenos económico sociales. Por ello, nuestra acción debe estar encaminada a tratar de medir aquello que sea medible y valorar con el apoyo de la inteligencia y la cultura acumulada aquello que no resulte factible hacerlo por técnicas cuantitativas, tanto más cuando las utilizadas con mayor frecuencia están distorsionadas. Hay que decir que el universo es infinito, que no se puede medir con cintas métricas y la cultura es el universo infinito que sirve de soporte al progreso económico.

Estas reflexiones que he querido compartir con ustedes inspiran la batalla que hoy se libra en Cuba a favor de lograr una cultura general integral que convierta a nuestro pueblo no solo en un pueblo instruido sino también masivamente culto. El principio martiano de *Ser culto es el único modo de ser libre* sigue guiando todo el colosal esfuerzo que en el terreno educacional y cultural en general realiza la revolución en la actualidad. Los cubanos nos sentimos en el deber de confirmar esta concepción de nuestro Apóstol para bien propio y de América Latina.

En las tradiciones latinoamericanas no se presentó el antagonismo entre la ética y los principios y métodos científicos como sucedió en el viejo continente. Por eso, Che dejó huellas imperecederas en el pensamiento político y social universal. En tanto pensados, exaltó la necesidad del rigor científico en el análisis de los hechos políticos, sociales, económicos e históricos. En tanto hombre moral, destacó la necesidad de enseñar con su propio ejemplo y forjarse a sí mismo un carácter y un temperamento para encarar con valor a sus enemigos. Por eso, en sus horas finales, lanzó su última orden de combate: “¡Disparen, que van a matar a un hombre!”

En las entrañas de su ejemplo se gesta el espectro victoriosos de sus ideas. No ha terminado la prehistoria del hombre. Está por comenzar la historia.

Copyright of Economía y Desarrollo is the property of Facultad de Economía Universidad de La Habana. The copyright in an individual article may be maintained by the author in certain cases. Content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.